

Este documento ha sido descargado de:
This document was downloaded from:



**Portal *de* Promoción y Difusión
Pública *del* Conocimiento
Académico y Científico**

<http://nulan.mdp.edu.ar> :: @NulanFCEyS

+info <http://nulan.mdp.edu.ar/61/>

El racionalismo crítico no es un buen método para la economía

The critical rationalism is not a good method for economics

*Gustavo Marqués**

RESUMEN / SUMMARY

El debate metodológico en economía ha sido orientado durante los años 40, 50 y 60 del pasado siglo por el pensamiento de Karl Popper. Sin embargo, las críticas que se han dirigido a la postura falsacionista, así como las dificultades especiales que presenta la economía para su aplicación, han precipitado a muchos metodólogos de la economía a defender concepciones relativistas y escépticas. En un esfuerzo por escapar a la seducción del posmodernismo, un grupo de metodólogos de la economía intenta recobrar dos versiones diferentes y menos conocidas del pensamiento de Popper: el racionalismo crítico y su lógica de la situación. De esta manera, creen ellos, pueden eludir a la vez el falsacionismo y el relativismo. El propósito de este artículo es mostrar:

- 1) que aunque es verdad que el racionalismo crítico representa una postura diferente a la falsacionista, no se puede desligar por completo uno del otro, ni defender al primero sin hacerse cargo del segundo. Cuando se lo intenta, se culmina propiciando una postura poco menos que vacía;
- 2) que la lógica de la situación, en cambio, es utilizable con provecho en ciencias sociales, y permite efectuar un examen de la concepción racionalista crítica y mostrar sus debilidades y limitaciones.

The methodological debate in economics has been guided during the 40's, 50's and 60's of the last century by Karl Popper's thought. However the criticism

*Profesor regular titular de Metodología de las ciencias sociales, Facultad de Cs. Económicas - UBA.

addressed to falsificationism as well as the special difficulties that economy poses for its application, have urged many economy methodologists to defend relativist and sceptical conceptions. In an effort to escape from the cure of postmodernism, a group of methodologists of economics tries to recover two different and less well known versions of the Popperian thought: the critical rationalism and its situational logic. In this way they believe they can avoid falsificationism and relativism at the same time. The purpose of this article is to show that: (1) although it is true that critical rationalism represents a different posture from falsificationism, the former cannot be separated from the latter position, and the the first one cannot be defended without admitting the second one. When attempting doing so, one favours an almost empty position; (2) the logic of the situation, on the other hand, is used profitably in social science and it allows to make a serious assessment of the critical rationalistic conception and to show its weaknesses and limitations.

PALABRAS CLAVE / KEYWORDS

Falsacionismo - racionalismo crítico - lógica de la situación - metodología de la economía - Karl Popper.

Falsificationism - critical rationalism - situational logic - methodology of economics - Karl Popper.

1. INTRODUCCIÓN

Buena parte del debate metodológico en economía ha girado durante los años 40, 50 y 60 de este siglo en torno a la obra de Karl Popper. Pese a que muchos economistas, especialmente de raigambre liberal, simpatizan con su pensamiento, la postura falsacionista atraviesa hoy una profunda crisis. Las críticas que los filósofos le han dirigido a esta concepción, así como las dificultades especiales que presenta la economía para su aplicación, han convencido a la mayoría de los metodólogos de la economía de que esta vertiente del pensamiento de Popper es insostenible. Esto ha precipitado a muchos de ellos a defender concepciones relativistas y escépticas. Quizás en un esfuerzo por escapar a la seducción del posmodernismo, un grupo de metodólogos de la economía intenta recobrar dos versiones diferentes y menos conocidas del pensamiento de Popper: a) aquella que éste difundía en sus seminarios de la London School of Economics, y que es conocida

como “racionalismo crítico” y b) su lógica de la situación. De esta manera, creen ellos, pueden eludir a la vez el falsacionismo y el relativismo. En este artículo me propongo mostrar básicamente dos cosas:

1) que estos neo-popperianos tienen razón en que el racionalismo crítico representa una postura diferente a la falsacionista, pero que se equivocan al pensar que se puede desligar por completo uno del otro y defender al primero sin hacerse cargo del segundo.¹ Al intentarlo, culminan propiciando una postura lavada, poco menos que vacía. No parece ser, pues, un buen método para ayudar a avanzar a la economía;

2) que la lógica de la situación, en cambio, es utilizable con provecho en ciencias sociales, tanto por los científicos sociales como por los metodólogos y epistemólogos que se ocupan del trabajo de aquéllos. En este sentido, como se verá, permite efectuar un examen provechoso de la concepción racionalista crítica y mostrar sus debilidades y limitaciones.

2. POPPER FALSACIONISTA

En su introducción a *Conjeturas y refutaciones* Popper distingue entre el optimismo y el pesimismo epistemológico. Los optimistas serían aquellos que creen posible la obtención de conocimiento objetivo y los pesimistas quienes piensan lo contrario. Popper se ubica en una postura intermedia: el conocimiento es posible, pero podemos equivocarnos, y esto último es, en verdad, lo más probable. Conectado con ello, hay en Popper una postura oscilante —entre optimista y pesimista— acerca de los papeles que desempeñan en la obtención de conocimiento los elementos de juicio empíricos (la experiencia) y la razón. Ello genera una tensión inocultable, pero creo yo ineliminable y hasta saludable, con la que hay que resignarse a convivir. Ponerla de relieve puede ayudar a comprender tanto las dificultades que presenta su postura como las que afrontan algunas posiciones recientes en metodología de la economía.

Hay pasajes de Popper en que muestra un fuerte optimismo respecto a nuestra capacidad de obtener conocimiento empírico y a la función que éste desempeña en la construcción de conocimiento. Su postura falsacionista debe ser interpretada en este espíritu. En su versión más difundida, existe una asimetría entre verificar y falsar, que no tiene que ver sólo con las propiedades lógicas del discurso. Popper nos induce a creer que *podemos* falsar, es decir, reconocer nuestros errores, y —asumiendo que el objetivo de la investigación científica es aproximarnos a la verdad— es esta circunstancia la que nos autorizaría a rechazar las conjeturas falsadas. Esta

posición posee un fuerte sesgo optimista respecto del papel de la evidencia empírica.

No se trata, sin embargo, de que la razón no desempeñe rol alguno, ya que el procedimiento de falsación es estrictamente deductivo según Popper. Se trata más bien de que se hace especial hincapié en nuestra capacidad para servirnos de la *experiencia* (sensorial), a fin de evaluar y aceptar o rechazar teorías. La inferencia deductiva parece hallarse en un segundo plano, al servicio, por decirlo así, de la experiencia. La razón proporcionaría el andamiaje formal para que la experiencia pueda desempeñar su papel protagónico.

3. POPPER RACIONALISTA CRÍTICO

En otros pasajes, o incluso en los mismos a que hemos aludido, aflora la vena pesimista que matiza y condiciona el planteo de Popper respecto de lo empírico. El conocimiento, nos dice, es siempre provisorio y tentativo, lo que significa que somos falibles, es decir, nunca alcanzamos la certeza, excepto cuando pronunciamos tautologías, y siempre corremos el riesgo de estar equivocados, pese a lo convencidos que estemos acerca de un punto cualquiera. Respecto del tipo de asuntos de que tratan las ciencias sociales, su pesimismo se refuerza porque Popper admite que se presentan aquí dificultades especiales, lo que parece aproximarlos a la noción de “sistemas esencialmente complejos” de Hayek. Esto permite entender por qué, en numerosos pasajes, Popper invierte los énfasis anteriormente descritos, debilitando su optimismo hacia el componente empírico del conocimiento (y, por ende, su papel en la obtención de conocimiento) y acentuando, en cambio, la importancia del componente racional.

Existe, junto al primero, un segundo Popper, bien distinto —vigente en la tradición oral de sus discípulos y seminaristas—, pero también presente en algunos ensayos menos frecuentados por sus lectores. “En el desarrollo de la ciencia —sostiene— las observaciones y los experimentos cumplen la función de argumentos críticos. Y desempeñan esta función junto con otros argumentos, no observacionales. Se trata de una función importante, pero la significación de las observaciones y los experimentos depende *totalmente* de que puedan o no ser usados para *criticar teorías*” (Popper, 1967: 178). Y agrega que los “argumentos empíricos sólo aparecen junto a otras consideraciones críticas. El pensamiento crítico sigue siendo nuestro principal instrumento. Las observaciones sólo son utilizadas si se adecuan a nuestra discusión crítica” (Popper, 1967: 230).

La relativización del papel de la experiencia se completa mediante el argumento de que la observación ha desempeñado en ocasiones un rol *perjudicial* en la construcción de conocimiento.

“Qué es lo que le impidió a Anaximandro llegar a la teoría de que la Tierra es un globo y no un tambor: Sobre esto puede haber pocas dudas; fue la *experiencia observacional*, que le enseñaba que la superficie de la Tierra es, a lo largo y a lo ancho, plana. Así, fue una argumentación especulativa y crítica, la discusión crítica abstracta de la teoría de Tales, la que casi lo condujo a la teoría verdadera acerca de la forma de la Tierra, y fue la experiencia observacional la que lo extravió” (Popper, 1967: 164). ¿Cómo no hallar una afinidad sustancial entre este Popper, seducido por la especulación y el vuelo imaginativo, y su discípulo, el Feyerabend de los años sesenta, propiciador de la metafísica como motor del progreso científico?

Este Popper se muestra más optimista respecto de las perspectivas del debate crítico que del resultado que cabría esperar de la apelación a elementos de juicio empíricos, los cuales, por otra parte, son reducidos en este contexto a un mero aspecto de la estrategia científica (crítica) para la obtención de conocimiento y no la más importante. Esta postura es hoy conocida como *racionalismo crítico*.

Pero el Popper que relativiza el papel de los elementos de juicio empíricos camina por una cornisa. Se halla a un paso de una postura más fuerte, que parece ser incompatible con su concepción falsacionista y demarcacionista: “Una teoría falsa —declara— puede ser una realización tan grande como una verdadera. Y muchas teorías falsas nos han ayudado más en nuestra búsqueda de la verdad que algunas teorías menos interesantes que aún se aceptan” (Popper, 1967: 166). Se trata, a mi juicio, de una declaración sorprendente de importantísimas consecuencias. Si se la adjunta al énfasis precedente en el análisis crítico, resulta que una teoría falsa puede ser incorporada provechosamente a la discusión crítica e incidir de manera positiva en el desarrollo del conocimiento. ¿Por qué habríamos, entonces, de decidir su eliminación al advertir su falsedad? Resulta en verdad difícil incorporar esta tesis en el marco del falsacionismo. El racionalismo crítico conduce a una posición que parece ser incompatible con éste.

4. EL RACIONALISMO CRÍTICO COMO MÉTODO DE LA CIENCIA Y DE LA ECONOMÍA

En la medida en que el falsacionismo es considerado problemático en general y, en particular, difícilmente implementable en economía, diversos

metodólogos de la economía han adherido a esta vertiente (más pesimista y especulativa) del pensamiento de Popper. Johannes Klant, por ejemplo, considera que el papel desempeñado por la evidencia empírica es mucho más débil en economía que en física, debido, entre otras cosas, a la ausencia de constantes universales, así como a la presencia de cláusulas CP. Es debido a ello —sostiene— que las “teorías económicas no satisfacen el requerimiento de falsabilidad” (Klant, 1994: 42). Sin embargo, considera que esta circunstancia “no torna imposible una discusión racional acerca de la aceptabilidad [de las teorías económicas]” (Klant, 1994: 46). Se trata, como se ve, del racionalismo crítico expuesto algo más arriba. “Una teoría — sostiene Klant— no debe sólo acordar con la experiencia. Debe contribuir a la solución de problemas. Debe adecuarse al conjunto de las teorías aceptadas. Debe ser *coherente* con ellas. Debe ofrecer una solución alcanzable. Como ha remarcado Popper, una discusión racional puede en realidad ser conducida acerca de tales problemas de coherencia [...]. Hay, después de todo, problemas para los cuales necesitamos soluciones, pero que pueden ser abordados sólo de un modo especulativo” (Klant, 1994: 46). Un mito, una concepción filosófica, una pieza literaria pueden ser discutidas críticamente, aunque la experiencia cuente aquí poco o nada. Lo mismo vale, según Klant, para la economía.

Recientemente, dos conocidos metodólogos de la economía —Bruce Caldwell y Lawrence Boland— han abrazado, cada uno a su manera, esta postura. Caldwell, quien se ha distinguido por su persistente defensa del pluralismo metodológico, adopta una interpretación del racionalismo crítico que le viene como anillo al dedo a su perspectiva general de la ciencia.

“El racionalismo crítico —dice Caldwell— afirma que a veces es apropiado evaluar una teoría usando los criterios estrictamente empíricos del falsacionismo. Pero otras veces, especialmente en el seno de las ciencias sociales, uno está mejor habilitado para criticar una teoría usando los criterios de la lógica situacional. Y existen todavía otras circunstancias, especialmente cuando son consideradas teorías metafísicas, en que otras formas de crítica son preferibles. Qué métodos de crítica son más apropiados no pueden ser especificados de antemano: ello dependerá del asunto y el problema a resolver. Pero puede decirse que en el marco de la ecología de la racionalidad vislumbrada por la epistemología evolucionista, el objetivo es someter todas las teorías a la cantidad óptima de criticismo” (Caldwell, 1991: 25).

De más está decir que este racionalismo crítico es casi vacío como orientación para la práctica o la investigación. Por otra parte, al convertir al racionalismo crítico en una postura que “sobrevuela”, tipo paraguas, sobre

las demás, le hace perder la especificidad que en verdad tiene como línea componente del complejo pensamiento de Popper. En este sentido, Boland interpreta mejor este aspecto (aunque se equivoque igualmente al considerar que esta postura es sustentable). Boland sostiene que él y otros ex discípulos tuvieron oportunidad de conocer a un Popper diferente, de espíritu socrático, que en sus cursos y seminarios de la London School of Economics enfatizaba el papel de la crítica racional en el desarrollo del conocimiento y rechazaba cualquier tipo de restricción sobre la discusión en curso: “La esencia de la visión de la ciencia de Popper —sostiene Boland— consiste en adherir a una ‘actitud crítica’” (Boland, 1994: 159). Y añade, “racionalidad es debate crítico, con énfasis en debate” (Boland, 1994: 157). Esta postura recuerda la concepción pluralista de J. S. Mill, quien también enfatizaba el rol del debate y excluía en muchos pasajes la necesidad de disponer de criterios para discriminar entre los diferentes puntos de vista participantes. Boland parece situarse en las proximidades de esta postura cuando enfatiza la necesidad de una especie de libre mercado del debate completamente desregulado. Igualmente cuando sostiene que “la ciencia es pensamiento científico sin método científico” (Boland, 1994: 161-162), lema que por añadidura proporciona el título de su artículo, que, vale la pena señalarlo, es “Pensamiento científico sin método científico: dos visiones de Popper”. El problema es, por supuesto, qué significa “científico” en este contexto. Supuestamente el “pensamiento científico” se identificaría con el debate abierto, libre, irrestricto. Muchas charlas de café satisfacen cómodamente estándares de científicidad tan laxos.

Boland parece pensar que para evitar el “justificacionismo” o cualquier otra forma de autoritarismo intelectual es necesario abrazar el debate abierto, sin reglas de ningún tipo. Ello lo aproxima a posturas semejantes a las de Paul Feyerabend o, mejor aún, a las de Donald McCloskey, quien sostiene que las únicas reglas admisibles en un debate inteligente son las de la “*sprachetik*”: no mentir, escuchar, no elevar el tono, etc. (McCloskey, 1990). Es verdad que algunos párrafos del propio Popper —como tuvimos oportunidad de mostrar— brindan apoyo a su interpretación (y seguramente es también verdad que el espíritu de los seminarios popperianos apuntaba en esta dirección). Sin embargo, creo que esta postura no es la de Popper (aunque no es propósito de este trabajo elaborar esa diferencia). Y lo que es más grave, presenta un problema central: no es posible implementar un debate *crítico* sin reglas que discriminen en *alguna* forma entre aquellas posiciones que resultan aceptables y aquellas que no lo son. Esto es así porque en nuestra cultura no llamaríamos *crítico* al tipo de pensamiento ultra-

complaciente que admite cualquier punto de vista (excepto la autocontradicción). Una cosa es permitir que todo punto de vista pueda ser expresado y otra muy diferente es sostener que todo punto de vista es igualmente admisible. El pluralismo y la tolerancia que tan bien sirven al primer propósito resultan completamente inútiles para el segundo. La actitud tolerante es, ciertamente, parte de la actitud crítica, pero también lo es el momento de la evaluación, para lo que hacen falta criterios estándar que permitan discriminar entre la amplia oferta de puntos de vista. Lo que tiene sentido discutir, entonces, es qué criterios y de qué manera han de ser usados. Y es en este punto, me parece, donde es necesario ir más allá del racionalismo crítico.

5. LA LÓGICA DE LA SITUACIÓN

Hasta comienzos de los años 70 los metodólogos de la economía sólo habían reparado en el Popper falsacionista. El pionero trabajo de Spiro Latsis (1972) llamó la atención sobre la existencia de la lógica de la situación como método sugerido por el mismo Popper como especialmente relevante para la teoría económica y, en general, para las ciencias sociales. Pero su “descubrimiento” pasó prácticamente desapercibido, al punto que trece años más tarde D. Wade Hands publica su artículo “Karl Popper and Economic methodology”, en el que enfatiza la relevancia de la lógica de la situación para la economía y que va acompañado del sugestivo subtítulo “A New Look”. Aunque entre el 72 y el 85 habían sido publicados numerosos artículos llamando de un modo u otro la atención acerca del método popperiano para las ciencias sociales, el tema no se había instalado, al punto de que todavía se justificaba presentarlo como una nueva perspectiva.

Dadas las limitaciones de espacio sólo expondremos la idea principal del análisis situacional. Para ello, conviene comenzar con un ejemplo utilizado por el propio Popper (1996). Richard es un peatón que desea tomar un tren y en su apuro debe cruzar una avenida con intenso tránsito. Supongamos que deseamos explicar sus movimientos erráticos al cruzar la calle. ¿Cuáles son los elementos de la situación que debemos tomar en cuenta? En primer lugar, están aquellos que oponen *límites físicos* al movimiento de Richard (autos estacionados y en tránsito, peatones, etc.). En segundo lugar, más elementos deben ser incorporados a la situación si se desea explicar su comportamiento. De una parte, desempeñan un papel importante ciertas *instituciones sociales*: reglas de tránsito, regulaciones policiales, sendas peatonales, etc. De otra parte, debemos atribuir a Richard ciertos *finés* (por

ejemplo, cruzar rápidamente la calle y sin correr riesgos), y cierto *conocimiento* de los elementos de la situación (por ejemplo, el significado de las luces del semáforo). Una vez especificada la *situación* (es decir, los límites que enfrenta Richard y su dotación de conocimientos y objetivos) es posible entender (y en consecuencia explicar) por qué Richard se adelanta ahora, pero luego retrocede, espera, vuelve a dar un paso al frente, etc. Sin embargo, Richard es capaz de hacer todo esto porque su comportamiento es el apropiado a la situación en que se encuentra. Y nosotros, espectadores, somos capaces de comprender lo que hace porque asumimos que lo es.

Las explicaciones de eventos sociales contienen pues los siguientes elementos:

- a) uno o más individuos, que son los agentes o actores sociales cuya acción se desea explicar;
- b) la atribución a dichos agentes de información y objetivos;
- c) la presencia de límites u obstáculos físicos e institucionales, y
- d) la asunción de que el agente se comporta apropiadamente a las circunstancias descritas en (b) y (c).

El análisis situacional se propone explicar el comportamiento de los agentes mostrando su razonabilidad, es decir, su adecuación a la situación en que éstos se encuentran. Dada la información y objetivos de que dispone y las restricciones del caso, los movimientos corporales de Richard (vale decir, sus decisiones en cuanto peatón) son los apropiados para obtener el propósito que persigue. Este análisis es extensible al comportamiento de toda clase de agentes, se trate de consumidores, firmas o creadores intelectuales. Todos ellos resultan comprensibles, explicables o predecibles a la luz de la situación en que se hallan, lo que vale decir, en relación al problema que intentan resolver (sea éste llegar a salvo a la vereda de enfrente, maximizar el beneficio o derivar un teorema).

6. LA RAZÓN DEL FALSACIONISMO Y LA SINRAZÓN DEL RACIONALISMO CRÍTICO

Antes de arrojar a la basura a la metodología refutacionista y poner en su lugar un “debate-*concert*”, sería conveniente aplicar a la (dudosa) lectura racionalista crítica de Popper su propia metodología de la lógica de la situación (una suerte de Popper vs. Popper) y tratar de entender los problemas que el refutacionismo intentó resolver. Para ello es necesario tomar en cuenta los objetivos que perseguía y los obstáculos que debían ser removidos en la empresa. Puede ser que de esta manera emerja a la luz lo que podríamos llamar su “núcleo racional”.

En su *Breve historia de la biología*, Isaac Asimov cuenta que hacia fines de la edad media no se permitía en Italia la práctica de la disección de cadáveres humanos. Sin embargo, existía en Bolonia una importante escuela de derecho y a veces era necesario practicar autopsias en juicios relacionados con la causa de una muerte. Al multiplicarse los casos, la práctica de la disección fue también introducida en la enseñanza de la medicina. Al principio, sin embargo, la disección perseguía el propósito de ilustrar las obras de Galeno (s. III d.C) y Avicena (s. XI d.C). “Los maestros de ese entonces —dice Asimov— eran eruditos que estudiaban los libros, pero consideraban la disección un trabajo subalterno que debía ser dejado a cargo de un ayudante. El maestro dictaba su clase, pero no se preocupaba de ver si sus afirmaciones coincidían con la realidad, mientras que al ayudante, sin jerarquía docente, sólo le preocupaba no contrariar al maestro. Así se perpetuaron los más graves errores, y volvieron a ‘hallarse’ muchas veces en seres humanos características que Galeno había encontrado en los animales y que suponía existentes en el hombre, aunque en realidad esto no ocurría” (Asimov, 1966: 24).

También es ilustrativa al respecto la anécdota de la controversia entre Galileo y los aristotélicos respecto a la constitución física de la Luna. Tanto aquellos maestros de medicina como los aristotélicos que confrontaron con Galileo, no actuaban con completa arbitrariedad. En realidad contaban con elementos de juicio en apoyo de sus afirmaciones: los libros de las autoridades en la materia. Lo que debe reprochárseles es, no que prescindieran por completo de elementos de juicio, sino el tipo de elementos de juicio que privilegiaban. Ellos consideraban que era mejor fundamento la palabra autorizada de la disciplina (que no era otra cosa que la palabra oficial de la Iglesia) que la evidencia empírica que les proporcionaban sus propios sentidos. Es en este aspecto que la ciencia moderna opera una revolución metodológica fundamental.

La metodología empirista moderna no hizo más que retomar y resaltar este aspecto de la nueva ciencia, que puede resumirse en dos puntos básicos: a) un cambio radical en el *tipo* de elementos de juicio en principio aceptables y b) la necesidad de *criterios* para emplear tales elementos de juicio a los fines de adoptar decisiones respecto de las conjeturas disponibles.

El racionalismo crítico, tal como lo entienden los nuevos popperianos, tiene el carácter de una contrarrevolución (o quizás deba decirse una restauración). Al exaltar unilateralmente el momento del debate se pierde de vista su aspecto *crítico* que, en los tiempos modernos, consiste en aceptar como marco de toda discusión *cierto* tipo de elementos de juicio y *ciertos* criterios de evaluación. No es suficiente argumentar, sino que debe hacérselo

de cierta manera. En el debate entre Galileo y los aristotélicos acerca del aspecto de la Luna, éstos argumentan y no lo hacen de malas maneras: no gritan, escuchan, tratan de fundamentar sus posturas, no trompean a Galileo cuando éste los acorralla. Por el contrario, le recuerdan amablemente que nada menos que Aristóteles opinaba de manera completamente diferente al respecto. Es cierto que según ha trascendido se negaron a mirar por el telescopio, pero ¿se hubiera avenido Galileo a basar la controversia en el análisis hermenéutico de las parábolas bíblicas? En una palabra, los aristotélicos respetaban las normas de la buena conversación. Los mejores deseos de McCloskey y Boland se hacen realidad en esta escena ya legendaria. Pero pocos tendrán dudas de que el contenido crítico de la discusión se encuentra en boca de Galileo.

En síntesis, creo que el racionalismo crítico, al menos en su versión más permisiva, es en parte el resultado de una inadecuada comprensión de la situación en que se hallaba la ciencia a principios de siglo y del problema que los metodólogos y epistemólogos del momento deseaban resolver. La lógica situacional puede ser un buen instrumento para clarificar la razón de ser de la propuesta empirista. Por otra parte, no es seguro que la situación actual —al menos en las ciencias sociales— haya cambiado radicalmente respecto de la existente a principios de siglo. Ante el giro formalista que ha adoptado la economía en las últimas décadas, no está nada mal recordar la importancia de contar con más y mejores datos e insistir en que la contrastación empírica —por dificultosa que resulte— es imprescindible. Pero hay una segunda razón, más poderosa todavía, para creer que el “núcleo racional” de la metodología refutacionista puede aún dar sus frutos. En su *Retórica de la economía*, McCloskey sostuvo su propuesta de abandonar las defensas contra la mala praxis intelectual aduciendo que los bárbaros ya no estaban a las puertas. La batahola que ha levantado el *affair* Sokal muestra que siguen estando precisamente allí, y que continúa siendo importante reclamar la vigencia de reglas de evaluación, al menos en ciencias sociales.

NOTAS

* El evaluador de este trabajo me ha hecho notar que el racionalismo crítico es una generalización del refutacionismo, lo que significaría que no se trata en realidad de dos posturas diferentes, sino de dos versiones de la misma postura. Sin negar esto, quiero acentuar el aspecto diferencial de ambas. Cuán diferentes son es una cuestión difícil de decidir y en gran parte sospecho que la discusión es verbal. Si uno

centra su atención en que el refutacionismo es meramente un caso particular de criticismo, la diferencia prácticamente se desvanece; si, en cambio, se presta atención a las consecuencias prácticas de ambas posturas y se observa, de una parte, a los refutacionistas exigiendo obsesivamente elementos de juicio empíricos y, de otra parte, a los “criticistas” desentendiéndose de ellos y centrandos su atención en la “plausibilidad” de las hipótesis y suposiciones básicas (en cuyo caso pueden desempeñar un papel central la introspección y consideraciones estéticas), surge aquí la impresión de que se trata de posturas bastante diferentes, al menos en sus énfasis.

BIBLIOGRAFÍA

- Asimov, Isaac (1966), *Breve historia de la biología*, Buenos Aires, Eudeba.
- Boland, Lawrence (1994), “Scientific Thinking Without Scientific Method: Two views of Popper”, en Backhouse, Roger, (Ed.), *New Directions in Economic Methodology*, London and New York, Routledge.
- Caldwell, Bruce (1991), “Clarifying Popper”, en *Journal of Economic Literature*, Vol. XXIX, March.
- Hands, Douglass Wade (1985), “Karl popper and Economic Methodology -A New Look”, en *Economics and Philosophy*, 1 (1), April.
- Klant, Johannes J., (1994), *The Nature of Economic Thought*, Great Britain, Edward Elgar.
- Latsis, Spiro (1972), “Situational Determinism in Economics”, en *British Journal for the Philosophy of Science*, 23 (3).
- McCloskey, Donald (1990), *La retórica de la economía*, Madrid, Alianza.
- Popper, Karl (1967), *El Desarrollo del Conocimiento Científico. Conjeturas y Refutaciones*, Buenos Aires, Paidós.
- (1996), *The Myth of the Framework*, Edited by M. A. Notturmo, London and New York, Routledge.